



actas

del consejo general

año LXXI - octubre-diciembre 1990

n.º 334

órgano oficial
de animación
y comunicación
para la
congregación salesiana

**Direzione Generale
Opere Don Bosco
Roma**

1000
1000

actas

del consejo general
de la sociedad salesiana
de san juan bosco

ORGANO OFICIAL DE ANIMACION Y COMUNICACION PARA LA CONGREGACION SALESIANA

N.º 334

año LXXI

octubre-diciembre 1990

		<i>Página</i>
1. CARTA DEL RECTOR MAYOR	ESPIRITUALIDAD SALESIANA PARA LA NUEVA EVANGELIZACION	3
2. ORIENTACIONES Y DIRECTRICES	(No se dan en este número)	
3. DISPOSICIONES Y NORMAS	(No se dan en este número)	
4. ACTIVIDAD DEL C. GENERAL	4.1. De la crónica del Rector Mayor	47
	4.2. De la crónica del Consejo General	47
	4.3. Actividad de los consejeros	48
5. DOCUMENTOS Y NOTICIAS	5.1. Decreto sobre el milagro de don Felipe Rinaldi	61
	5.2. Nuevo Consejo General	63
	5.3. Nuevos inspectores	66
	5.4. Nuevos obispos salesianos	73
	5.5. Hermanos difuntos	75

Central Catequística Salesiana
Alcalá, 164 - 28028 Madrid
Edición extracomercial

Imprime: Gráficas Don Bosco - Arganda del Rey (Madrid)

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

Espiritualidad salesiana para la nueva evangelización

Introducción. — Ni moda ni estribillo repetido, sino verdadera exigencia nueva. — Energía imprescindible para el camino de fe. — La realidad lleva consigo motivos de desorientación. — Nuestras raíces se hallan en la potencia del Espíritu Santo. — En el gran cauce de la espiritualidad salesiana. — Tras las huellas de san Juan Bosco. — Formamos comunidades evangelizadoras. — Bajo la guía de María Auxiliadora, estrella de la nueva evangelización. — Deseo final.

Roma, 15 de agosto de 1990,
Solemnidad de la Asunción

Queridos hermanos:

Con mi saludo cordial va también el de los miembros del nuevo Consejo General: dentro de unos días nos reunimos para ahondar juntos en las orientaciones del XXIII Capítulo General y trazar un programa de animación y gobierno que haga incisivo y eficaz nuestro servicio a las inspectorías en el actual sexenio.

Tenéis en vuestra mano los documentos capitulares y estáis estudiando su contenido. En tarea tan vital, me gustaría acompañaros con algunas reflexiones que me parecen importantes.

Son dos los datos de fondo que iluminan el significado global de nuestro XXIII Capítulo General: el primero es su propósito de insertarnos eficazmente en el movimiento eclesial de la nueva evangelización; el segundo, la convicción y constatación de que la imprescindible energía motriz en el camino y en los itinerarios de fe es la espiritualidad.

De la nueva evangelización os hablé ya¹; ahora os invito a reflexionar sobre nuestra espiritualidad.

1. *Actas del Consejo General*, núm. 331, octubre-diciembre 1989.

El texto capitular la presenta como el secreto del éxito en la educación de los jóvenes en la fe.

La nueva evangelización requiere muchas cualidades y competencias; pero, mientras que la espiritualidad puede suplir al menos en parte otras carencias, ninguna otra cualidad o competencia puede suplirla.

Convendrá, por tanto, que busquemos juntos algunas de las motivaciones por las que estamos llamados a dar tanto relieve a este argumento y a asignarle verdadera prioridad en la programación de la formación.

Antes de hacerlo, os invito a rezar con especial intensidad por el buen resultado del XIX Capítulo General de las Hijas de María Auxiliadora. El tema de su trabajo es: «Educar a los jóvenes: aportación de las Hijas de María Auxiliadora a una nueva evangelización en los diversos contextos socioculturales». Es un tema que —como hizo ver la Madre al convocar el Capítulo— se centra en el aspecto que caracteriza su misión: «estar en la Iglesia al servicio de la educación de los jóvenes siguiendo el sistema preventivo de san Juan Bosco». Les urge, igual que a nosotros, confrontar sus comunidades con las necesidades educativas más urgentes, teniendo un corazón lleno de celo por haberse renovado gracias a una auténtica espiritualidad salesiana.

Ni moda ni estribillo repetido, sino verdadera exigencia nueva

Alguien se preguntará por qué el XXIII Capítulo General puso la espiritualidad en el centro de su interés.

¿No se estaría acudiendo a un tema un tanto cómodo pero falto de historicidad, en el que

se refugiaría como para eludir las dificultades? O bien, ¿no sería invitación a imitar a algún grupo de moda, propenso quizá a cierta alienación frente a los retos de la nueva cultura? Es decir, ¿no sería un argumento poco práctico?

El texto capitular está claramente planteado desde otra perspectiva. La espiritualidad de que habla no es ni moda ni un estribillo repetido, sino que, para nosotros, es fidelidad auténtica al sistema preventivo, condición práctica para la nueva evangelización y exigencia de los tiempos nuevos.

San Juan Bosco, al que no le gustaba eludir la realidad, nos lo enseña con su persona y con su pedagogía².

2. Cf. *La vida interior de san Juan Bosco*, Aguinaldo 1981, comentario del Rector Mayor.

Con el término "espiritualidad", el XXIII Capítulo General se propone hablar de una vivencia de Dios; lo cual comporta el ejercicio de aquella vida teologal de fe, esperanza y caridad que es fruto de la inhabitación del Espíritu Santo en nosotros. Cuando el texto habla de fe, quiere unir precisamente, de forma vital, las tres virtudes teologales en un único estilo concreto de vida cristiana convencida y dinámica.

Santa Catalina de Siena afirmaba que, cuando es débil el ejercicio de las virtudes teologales, el semblante de la Iglesia palidece. ¡Sin vitalidad de fe es imposible educar en la fe!

El alma del documento capitular es una vida y una acción ancladas en Dios, una energía que, si falta, nos obliga a preguntarnos si aún somos capaces de seguir adelante en el camino hasta la meta.

El interés por la espiritualidad arranca precisamente de ahí: el camino que hay que recorrer es nuevo, trazado recientemente; más aún, todavía está en construcción, con itinerarios no asfaltados y expuestos a perspectivas inéditas que

requieren reconsiderar y vivificar de nuevo la identidad cristiana. Ha cambiado el contexto cultural de la fe; es urgente saber delinear y hacer que aparezca en nosotros y en los jóvenes el nuevo rostro del creyente con convicciones profundas, con motivaciones de actualidad y con compromisos concretos en el estilo de vida. El Espíritu Santo sopla en este sentido, para que la fe sea viva y actual.

Por otra parte, el XXIII Capítulo General nos hizo comprobar de hecho que se está manifestando precisamente en los grupos juveniles una demanda cada vez mayor de espiritualidad.

Sabemos que el Vaticano II ha sido visto como verdadero descubrimiento del Espíritu Santo en cuanto pedagogo-protagonista de la fe, con especiales intervenciones en este retazo del segundo milenio. Los documentos conciliares presentan una clara perspectiva de Espíritu Santo cuando consideran a la Iglesia y su misión. En particular, el decreto *Perfectae caritatis* recuerda a los miembros de institutos de vida consagrada que, «ordenándose ante todo la vida religiosa a que sus miembros sigan a Cristo..., las mejores acomodaciones a las necesidades de nuestro tiempo no surtirán efecto si no están animadas de una renovación espiritual, a la que siempre hay que conceder el primer lugar aun en la promoción de las obras externas»³.

Pablo VI comprendió, con admiración y esperanza, que «vivimos en la Iglesia un momento privilegiado del Espíritu... Se hace asamblea en torno a él; se quiere dejar conducir por él... Y actúa sobre todo en la misión evangelizadora: no en vano el gran comienzo de la evangelización tuvo lugar la mañana de Pentecostés, bajo el soplido del Espíritu»⁴.

Los movimientos eclesiales surgidos en estos

3. *Perfectae caritatis*
2c.

4. *Evangelii nuntiandi* 75.

5. *Christifideles laici*
29.

decenios han sido considerados oficialmente, en su conjunto, como expresión de una nueva estación de espiritualidad, fruto de la «riqueza y adaptabilidad de los recursos que el Espíritu alimenta en el tejido eclesial»⁵.

Ante todo, nuestra renovación, guiada por el inestimable trabajo de los capítulos generales del posconcilio, el documento capitular la ve como implicación de los salesianos en el actual compromiso eclesial de nueva evangelización. Leed atentamente la introducción del texto: se inspira en la pedagogía histórica de Dios y lee con mirada teologal nuestros últimos capítulos generales. Veréis que nuestra Congregación se sitúa en el corazón de la Iglesia, al servicio, precisamente, de la nueva evangelización. El camino recorrido para ello está señalado por algunas etapas de búsqueda y profundización: parte de la misión —XX Capítulo General, Especial—, que se indica como tarea asumida por la comunidad mediante un proyecto —XXI Capítulo General—, gracias a la fuerza que procede de la consagración apostólica —XXII Capítulo General—, para responder a los retos, múltiples e interpeladores, de la juventud actual —XXIII Capítulo General—⁶.

6. Cf. *Educar a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 1-14.

La palabra que sintetiza vitalmente y asume, de forma personal y comunitaria, las exigencias de esta nuestra histórica renovación es «espiritualidad».

— *El Santo Padre* nos lo ha recordado con insistencia. Primero, en la carta del centenario '88: «La originalidad y audacia de la propuesta de una santidad juvenil es intrínseca al arte educador [de san Juan Bosco], que con razón puede definirse como maestro de espiritualidad juvenil». En el mensaje al XXIII Capítulo General afirma: «Un aspecto que debéis profundizar

7. *Iuvenum patris* 16.

con esmero [es] la espiritualidad juvenil ética humana... Hay que suscitar convicciones personales profundas que conduzcan a una vida inspirada en los perennes valores del Evangelio»⁸. Y, de nuevo, en el discurso de su visita al Capítulo: «¡Cuánta necesidad tenemos hoy en la Iglesia de que los jóvenes se eduquen... en una espiritualidad concreta»⁹.

— *El Rector Mayor*, por su parte, ya había insistido, precisamente en el informe al XXIII Capítulo General, sobre este asunto con los hermanos y en las comunidades, a fin de suscitar una verdadera espiritualidad entre los jóvenes. Al comentar el aguinaldo de 1990 apelaba al testimonio de la comunidad: «El sistema preventivo —decía— requiere espiritualidad. El camino “de la fe a la fe” se recorre a partir de educadores llenos de espiritualidad, que no es una energía sólo para selectos»¹⁰. Al inaugurar el Capítulo, presentaba el sistema preventivo como fruto y fuente de espiritualidad salesiana. «El gran reto que nos lanza el tema del Capítulo —decía— es la espiritualidad evangelizadora y misionera en nuestras comunidades. Somos educadores porque somos pastores en la Iglesia de Cristo. La calidad pastoral es el alma de nuestra competencia pedagógica, igual que el “da mihi ánimas” es el secreto que vivifica todo nuestro espíritu»¹¹. Al concluir su informe sobre el estado de la Congregación (1984-1990), proponía la espiritualidad como el gran secreto para lograr nuestra renovación: «La condición de fondo más urgente para nuestra actividad salesiana se formula con una palabra, que para nosotros es un reclamo: espiritualidad»¹². Al clausurar el Capítulo, presentaba las tensiones de algunos polos de nuestra vida¹³, para asegurar, después, que la fuerza de unificación brota indefectible-

8. *Educar a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 312-313.

9. *Ibidem* 334.

10. Aguinaldo 1990, comentario del Rector Mayor.

11. *Educar a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 326.

12. *La Sociedad de San Francisco de Sales en el sexenio 1984-1990: Informe del Rector Ma-*

yor al XXIII Capítulo General, Roma, febrero 1990, pág. 272.

13. Cf. *Educación a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 348.
14. *Ibidem* 349.

mente de una espiritualidad intensa. «La síntesis viva entre ambos polos es posible por la fuerza de lo alto... y vincula inseparablemente entre sí el estar unido a Dios y el vivir con los jóvenes expresión dinámica y cotidiana de la gracia de unidad»¹⁴.

— *Por último, la radiografía de los capítulos inspectoriales y el consiguiente documento de trabajo precapitular se detienen en los aspectos positivos de una experiencia vivida en no pocas inspectorías, y sugiere propuestas de profundización y desarrollo precisamente en favor de una espiritualidad juvenil concreta. En tal sentido, señalan muchos datos positivos, elementos de contenido, modalidades y medios de crecimiento, aspectos críticos y dificultades, vínculos con la labor vocacional, y sugieren incluso cuáles serían los núcleos fundamentales de una espiritualidad juvenil salesiana. «La propuesta de reflexión sobre la espiritualidad juvenil salesiana —leemos allí— sale al encuentro de una exigencia advertida: se quiere ahondar hoy en la propuesta de vida cristiana a que san Juan Bosco invitaba y comprometía a sus chicos. No se trata de hacer un estudio histórico, sino de recoger la herencia de su espíritu, de considerar de nuevo su típica vivencia espiritual y educadora, y de volver a descubrir la fuerza educativa del ideal de santidad a que instaba a sus jóvenes»¹⁵.*

15. *Esquemas precapitulares* 536; para la radiografía de los capítulos inspectoriales cf. 213-244.

Con razón, pues, todo el documento capitular centra sus orientaciones y propuestas en un camino de fe cuya energía de recorrido sea la espiritualidad. Lo hace en dos niveles: la espiritualidad de los salesianos y la espiritualidad de los jóvenes, de forma distinta y articulada, pero vitalmente complementaria y orgánicamente unida.

No olvidemos que es sólo el Espíritu Santo quien —como escribe Pablo VI— «suscita la nueva creación, la humanidad nueva a la que la evangelización debe conducir con aquella unidad en la diversidad que la evangelización quería provocar en la comunidad cristiana. Gracias al Espíritu Santo, la evangelización penetra en los corazones, ya que es él quien guía a la hora de discernir los signos de los tiempos —signos de Dios— que la evangelización descubre y valora en la historia»¹⁶.

16. *Evangelii nuntiandi* 75.

Energía imprescindible para el camino de fe

La espiritualidad de que habla el texto capítular va unida al concepto de camino o de itinerario. El camino, en la Biblia, suele partir de una situación de crisis, y avanza después hacia la meta con una peculiar energía motriz; pensemos en Abrahán y en Moisés.

Para nosotros, según el camino indicado por el XXIII Capítulo General, esa peculiar energía motriz es precisamente la espiritualidad. No sugiere respuestas precisas a los innumerables retos que nos interpelan: no es un cofre de fórmulas. La crisis actual, en efecto, nos llama a responder no sólo a dificultades clásicas y repetidas; los retos que proceden de ella se presentan más bien como «indicaciones de un cambio de época que debemos aprender a discernir atentamente a la luz de la fe»¹⁷. La espiritualidad ayuda a discernir, a afrontar los problemas, e infunde deseo de avanzar hacia la meta; es fuente de entusiasmo. Es un modo típico de vivir el Evangelio en situación; es, por ello, esencialmente creativa, siempre en diálogo con la vida concreta; es incluso audaz.

17. *Educar a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 91.

Una espiritualidad, sobre todo la salesiana por su sintonía con la realidad, no sólo se ha de proponer una y mil veces, sino que además se ha de encarnar y revitalizar continuamente, a fin de poder crecer y actuar siempre con actualidad. Es cierto que permanece fiel a los valores vitales de los orígenes y de la tradición viva, pero por su naturaleza misma está llamada a ser fecunda y a ir a los centros de la realidad, para ser don de vida, respuesta apropiada e incluso contestación evangélica.

Lleva consigo una intrínseca fuerza transformadora, porque es expresión de una fe concebida como energía de la historia. Una fe (que es también esperanza y caridad) no simplemente ligada a una doctrina que ilumina la inteligencia, sino actitud personal, cual progresiva vivencia de Dios que se hace fuerza de síntesis vital en cada individuo, en su libertad, en sus convicciones y, por tanto, en su conducta. Esta actitud se caracteriza hoy por una fuerte dimensión social, como nos ha dicho repetidas veces el Santo Padre y como proclama explícitamente la exhortación apostólica *Christifideles laici*: que los jóvenes sean «protagonistas de evangelización y artífices de la renovación social»¹⁸.

18. *Christifideles laici*
46.

Al comentar el aguinaldo de 1990 os decía que la fe no existe aislada; quien existe y actúa es el creyente. Pues bien, la espiritualidad es la actitud propia de los creyentes comprometidos. Saber cultivar en la comunidad una verdadera espiritualidad nueva y hacer que surja en nuestras presencias una gradual espiritualidad juvenil significa vivificar la fe para lanzarla como una flecha en la familia, en el barrio, en la sociedad, a fin de orientar su devenir de modo que esté más en consonancia con el plan del Creador.

Asistimos hoy al ocaso de diversas ideologías; es un hecho impresionante que invita a reflexionar. Algunas de ellas pretendían ocupar entre los jóvenes el espacio y la función de la fe. Y, lastimosamente, parecía que la formación en la fe muchas veces no lograba suscitar creyentes capaces de evangelizar los signos de los tiempos: lo confesaba el mismo Vaticano II¹⁹. Ahí está la cuestión. La ascensión y el éxito de las ideologías, ayer, hacen pensar en una época de debilidad en la formación de la fe, en una insuficiencia pedagógica y pastoral al presentar la Pascua del Señor como punto central de la historia.

La fe que nos comprometemos a hacer crecer en los jóvenes —dice el texto capitular— «no queda separada ni yuxtapuesta a lo que es humano, histórico, temporal, secular; sino que, al germinar dentro, le da nuevo significado, lo ilumina e incluso lo trasciende llevando nuestros horizontes más allá de la historia»²⁰.

No un espiritualismo de fuga, sino una espiritualidad de frontera, de búsqueda, de iniciativa, de valentía; en una palabra, de realismo. Ello no aminora las dificultades; pero en vez de eludirlas, toma conciencia de ellas, las analiza y las afronta.

Basta pensar en la importancia que da el texto capitular a la primera área del camino (“hacia la madurez humana”), considerada no como sector aparte, sino como dimensión que se halla presente en cada paso del camino, totalmente orientada (incluso mediante la aportación de las ciencias de la educación) a la búsqueda de sentido, a la percepción de la vida como don y tarea, y al diagnóstico del vacío de los ídolos dominantes. La espiritualidad de los educadores proclama de hecho que «la fe reclama la vida y [que] la vida, reconocida en su valor, siente

19. Cf. *Gaudium et spes* 19.

20. *Educación a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 117.

21. *Ibidem* 120.

—de algún modo— necesidad de la fe. En virtud de la gracia, no hay ruptura, sino continuidad, entre creación y redención»²¹.

La realidad lleva consigo motivos de desorientación

La hora histórica que vivimos es compleja y densa de perspectivas de futuro, en bien y en mal. El proceso de secularización trae consigo valores positivos, pero también aspectos negativos. Por desgracia, la evolución de la convivencia humana se inclina con frecuencia hacia lo negativo. La pérdida que se presenta como más peligrosa es el prescindir de la fe.

Se vio concretamente en la preparación y en el desarrollo del XXIII Capítulo General. Basta tener a la vista el trabajo realizado en las inspecciones y en la asamblea capitular, para comprender las dificultades que hoy hallamos en nuestra tarea educadora. La Biblia nos sugiere que, ser consciente de hallarse en situación de crisis, es condición inicial para establecer el campo base donde comenzar el camino de la superación: recordemos el Exodo o la parábola del hijo pródigo.

Por ello, el Capítulo procuró considerar, ante todo, con mirada pastoral los diversos contextos: del consumismo a las diversas clases de pobreza, de los pueblos que han dejado de ser colonia a la actual salida de regímenes totalitarios, de los grandes estados a las minorías étnicas, de la visión católica a las numerosas denominaciones cristianas, del ateísmo a las grandes religiones. En tales contextos, las instituciones educadoras (familia, escuela, asociacionismo, comunicación social, formación para el trabajo) se hallan en

una delicada situación de búsqueda de su propio papel. En ellas los jóvenes aparecen insatisfechos, en búsqueda de valores y con demandas de nuevas relaciones. Si los observamos en su actitud ante la fe, hay muchos que viven lejos de ella o le son ajenos, no pocos son indiferentes, otros están abiertos al aspecto religioso, pero con opciones diversas; gracias a Dios, hay también cristianos practicantes, aunque a veces sin mayores ideales; por último, hay quienes se comprometen y hallan en la fe una guía concreta para su vida y son levadura para los demás ("jóvenes para los jóvenes").

Gracias a esta mirada capitular y a los animados debates en las asambleas, se individuaron algunos de los retos más urgentes, de amplitud universal. «Son retos que se presentan, por una parte, como desafío a nuestra vocación de educadores en la fe; y, por otra, como oportunidades reales cargadas de posibilidades. Son nuevas ocasiones que estimulan la creatividad y el coraje»²².

22. *Ibidem* 75.

Se indican cinco de tales retos:

- El reto de quien vive lejos de la fe o le es ajeno.
- El reto de la pobreza, que debilita y deprime e ambiente quitándole dignidad humana.
- El reto de la irrelevancia de la fe en la vida y en la cultura: es una mentalidad sutilmente deletérea, que estimula a recuperar a fondo el significado de los valores y un adecuado nivel cultural al presentar los acontecimientos de salvación.
- El reto del encuentro con otras religiones; es una interpelación muy frecuente en Asia y Africa, pero que puede hallarse por do-

quier, debido al flujo migratorio intercontinental. Cada una de estas religiones, a pesar de los valores positivos que encierra, ofrece dificultades especiales de evangelización a causa de su fuerte inserción cultural.

- Por último, el reto de la vida: reto que es «síntesis y origen de los demás, y pasá por todos ellos»²³. La intensidad y resonancia de las inquietudes, de los deseos y de las búsquedas, sensibilidades, ideales, desengaños y amarguras implica, de un modo u otro, toda la existencia, y fácilmente abren el ánimo de los jóvenes a la inseguridad, al relativismo, a la inconstancia y a la duda estéril.

23. *Ibidem* 87.

El conjunto de todas estas interpelaciones y de otros muchos problemas puede provocar una sensación de impotencia que nos haga dudar de la posibilidad de llegar a la meta propuesta.

A los mencionados retos tenemos que añadir las dificultades internas que encontramos para valorar objetivamente nuestras fuerzas actuales en la Congregación, como hizo observar más de un capitular. Entonces puede asomar también en el horizonte alguna tentación de zozobra. Cuando se oye hablar de envejecimiento en algunas inspecciónes, de disminución de vocaciones, de lentitud en la renovación, de escasa calidad pastoral, de falta de inteligencia a la hora de discernir los signos de los tiempos, de superficialidad espiritual o de genericismo, etcétera, viene una duda terrible: ¿No será todo esto (además de los retos y problemas) un lastre tan pesado, que haga imposible el despegue del vuelo?

Si luego nos referimos al desafío global de fondo que sacude a toda la Iglesia a causa de las graves ambivalencias que encierra la cultura

emergente —ciencia y fe, naturaleza y gracia, cultura y evangelio, técnica y ética, teología y magisterio, etc.—, se ven aumentar los bancos de niebla en el camino.

Sin embargo, el Señor nos llama y envía para la nueva evangelización. Y nosotros vamos a ella con la humildad de reconocer que nuestra tarea no es ilimitada, y que hoy, más que ayer, debe contar, no con la cantidad, sino con la calidad de las personas y de las comunidades.

Tenemos que saber mirar los retos, problemas y dificultades no para desalentarnos, sino para calcular objetivamente dónde emplear nuestras energías.

Simultáneamente, no dejemos de considerar los frutos obtenidos: recordemos el proyecto África, los capítulos generales de renovación, lo proyectos educativo-pastorales, los esfuerzos de formación permanente, el florecer de iniciativas de carácter oratoriano, el voluntariado, los grupos de animadores, el despertar de los Cooperadores y los Exalumnos, la colaboración en la familia salesiana, etcétera; recordemos la ola de gracia del '88, miremos a san Juan Bosco y nuestros orígenes, pensemos en los jóvenes que se han hecho santos a nuestro lado y a los que se han comprometido en los grupos que ya constituyen un movimiento de espiritualidad juvenil...

La historia nos enseña que no hay comienzo de Evangelio que no tenga un sinnúmero de problemas y dificultades. Los Apóstoles se lanzaron a evangelizar el mundo en peores condiciones que las nuestras; los santos, los fundadores, san Juan Bosco, los grandes misioneros no retrocedieron ante las dificultades, sino que miraron de frente a las necesidades, convencidos de la indispensabilidad del misterio de Cristo y seguros de la actuación del poder de su Espíritu.

La nueva evangelización nos compromete cuando está en pleno desarrollo un cambio de época que evoca los más profundos en la historia del hombre; estamos llamados a saber vivir en esta hora densa de esperanza. Sería ingenuo refugiarse en la nostalgia de situaciones irreversibles. El Señor nos ha consagrado para el futuro de los jóvenes; nos ha enviado a una tarea fascinante y nos acompaña constantemente en su realización; nos quiere protagonistas de una renovada hora de fe cristiana que sea levadura histórica para el comienzo del tercer milenio.

¡Nada, pues, de desconfianza, sino esperanza!

Nuestras raíces se hallan en la potencia del Espíritu Santo

Sin interioridad llena de valentía no se empieza a caminar; en cambio, triunfaremos en una empresa tan compleja, si tenemos espiritualidad.

El análisis de los retos nos hace ver que es ya urgente comunicar progresivamente a todo joven un actualizado y original proyecto de vida cristiana, en el que «aprenda a expresar un nuevo modo de ser creyente en el mundo, y organice la vida en torno a algunas percepciones de fe, opciones de valores y actitudes evangélicas: [es decir], viva una espiritualidad»²⁴.

En las dos primeras partes del texto capitular, el acento se pone directamente en la espiritualidad que debemos cultivar en los jóvenes, pero sin perder nunca de vista la espiritualidad educativa de los salesianos. En la tercera parte se subraya de modo específico la indispensabilidad de tal espiritualidad en la comunidad salesiana.

En el camino de la evangelización, la comunidad salesiana se siente llamada de nuevo por

24. *Ibidem* 158.

Dios; reconsidera la misión recibida, está convencida de que Dios actúa en la historia, sabe que la vivencia de san Juan Bosco fue profética y sigue siendo válida²⁵, y una vez más descubre que nuestra tradición habla precisamente del sistema preventivo como de proyecto de espiritualidad²⁶. Comprende que debe proceder "de la fe a la fe", de la propia espiritualidad comunitaria a la de los jóvenes.

25. *Ibidem* 89-93.26. *Ibidem* 158.

La respuesta a los retos comienza en los salesianos que están profundamente animados por una mística apostólica, y se dirige a suscitar una gradual espiritualidad juvenil. Frente a la gravedad de los retos, deberemos asumir la urgencia de ser hombres espirituales en el sentido proclamado por el apóstol Pablo. ¡Nada, pues, de desconfianza, sino esperanza!, decíamos arriba.

A simple vista podría parecernos que somos incapaces de llegar a la meta; pero en realidad podemos hacerlo, «porque ya no procedemos dirigidos por la carne, sino por el Espíritu. Los que se dejan dirigir por la carne tienden a lo carnal; en cambio, los que se dejan dirigir por el Espíritu tienden a lo espiritual»²⁷. ¡Vale la pena leer personalmente todo el capítulo octavo de la carta de san Pablo a los Romanos!

27. *Romanos* 8, 4-5.

La espiritualidad de que nos habla el XXIII Capítulo General es una experiencia viva de la presencia del Espíritu Santo, que se ha hecho más intensa tras el pentecostés del Vaticano II. Se trata del descubrimiento personal y comunitario de un Dios que está en la historia y en la propia vida. Tenía razón un famoso convertido al poner a un libro suyo el título de "Dios existe, yo lo he encontrado"²⁸. Cada uno de nosotros debería poder afirmar lo mismo. En un ambiente secularizado donde parecería permanente el eclipse de Dios, va emergiendo la con-

28. ANDRÉ FROSSARD, *Dieu existe, je l'ai rencontré* - Fayard, Paris 1969.

ciencia de la necesidad de sentir su presencia y de proclamarla en la convivencia social. Uno de los grandes teólogos de nuestro siglo, Karl Rahner, cree que la persona piadosa del mañana o será hombre espiritual, es decir, que ha hecho experiencia personal de Dios, o dejará de ser piadoso.

El pueblo de Dios necesita hoy más que nunca las espiritualidades que —como ha dicho un estudioso— dan cuenta de la responsabilidad del hombre y valoran la existencia cotidiana, la dimensión social, los problemas del trabajo, el mundo técnico y, en general, la historia.

Estamos convencidos de que nuestra espiritualidad se sitúa en esta perspectiva; más aún, consideramos tal perspectiva como una de las grandes características que denotan su originalidad y actualidad.

El dato que pone el fundamento a toda verdadera espiritualidad de futuro es, ante todo, el descubrimiento del Espíritu Santo y el arraigo de la propia vida en su fuerza de amor unificante. Lo afirmó también el Papa en su discurso a los capitulares. «Espiritualidad —dijo— significa participación viva en la potencia del Espíritu Santo... De ella procede la fuerza de síntesis personal entre fe y vida»²⁹.

La Revelación nos ofrece un concepto dinámico del Espíritu Santo, que irrumpe personalmente en la historia y actúa constantemente mientras dure el tiempo de la Iglesia. Para entender su misión y eficacia —dice san Gregorio Nacianceno— hay que saber pensar «como los pescadores (los Apóstoles), no como Aristóteles», sin por ello dejar de apreciar los grandes valores científicos. Con razón ha observado un estudioso del Cristianismo: «Cuando hablamos de espíritu, cuando decimos que Dios es espíritu, ¿qué que-

29. *Educación a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 334.

remos decir? ¿Hablamos griego o hebreo? Si griego, decimos que Dios es inmaterial, etcétera; si hebreo, decimos que Dios es huracán, tempestad, poder irresistible. Ahí está la razón de todas las ambigüedades cuando hablamos de espiritualidad. ¿Consiste ésta en ser inmateriales o en vivir animados por el Espíritu Santo?»³⁰.

La verdadera espiritualidad implica entusiasmo y valentía, porque tiene conciencia de la animación constante del Espíritu.

Sabemos que éste suele manifestar su potencia no en el viento huracanado, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino paradójicamente en un susurro, como lo experimentó el profeta Elías³¹. Sin embargo, no deja de ser siempre una potencia irresistible. El Espíritu Santo, más que como poder absoluto, se presenta como amor infinito; llega eficazmente al corazón, fortifica al hombre interior, se hace presente como escondiéndose. El hombre espiritual es su obra maestra, fruto de la energía de su don de caridad.

Esta presencia suave es, por tanto, eficaz con la potencia del amor. Y la potencia del amor es fuerza de unidad: unidad que no elimina la distinción, pero excluye la separación; es como un reflejo del misterio de Dios. La unidad que hay en la Trinidad no es anterior a las personas, sino que depende de su distinción: procede del supremo éxtasis de amor del recíproco don total de cada persona; es unidad dinámica, fruto del mutuo darse de las tres y que en el Espíritu Santo tiene la explosión unitiva de toda la fuerza del amor divino. Es cierto que la Trinidad es misterio; pero, si Dios no fuera trino, no sería amor, y nosotros no sabríamos nada de su Espíritu ni entenderíamos jamás la gracia de unidad que infunde en nuestro corazón mediante la caridad pastoral.

30. J. DANÍELOU, citado por Congar, *Credo nello Spirito Santo*, I, pág. 18, Queriniana 1981.

31. *1 Reyes* 19, 11-14.

Efectivamente, el Espíritu Santo es también, en la historia del hombre, el supremo abrirse de Dios fuera de sí mismo: con el misterio de la unión en Cristo, con la fuerza de la comunión en la Iglesia, con la gracia de unidad en la persona, con la energía de unificación en el devenir humano y en la creación, en cuanto que su potencia de amor hace progresar el universo con miras a la recapitulación de todas las cosas en Cristo.

La espiritualidad tiene como base de lanzamiento el ponerse en sintonía con el Espíritu, para dejarse dirigir por su fuerza. Con él es posible una síntesis real entre fe y vida: la unidad en la distinción y la distinción en la unidad, o sea, la organicidad, la coordinación, el complemento y la sublimación. Dicha espiritualidad garantiza la identidad cristiana como expresión de personalidad unificada, dotada de creatividad social y apostólica incluso como compromiso en el mundo.

Mucho habrá que decir aún sobre la espiritualidad; pero el primer paso que hay que cuidar es precisamente este arraigo en el Espíritu. La espiritualidad está más allá de las modas y de las utopías. Tanto los conservadores como los progresistas no suelen discernir la presencia auténtica del Espíritu Santo: los unos porque más de una vez él no se expresa como ellos querrían; los otros porque se desorientan cuando los acontecimientos no ocurren según sus propias previsiones.

Gracias a Dios, este arraigo espiritual es ya desde hace tiempo objeto de nuestro interés en la Congregación. Todo el proceso de nuestra renovación posconciliar se ha movido en esta línea. Bastaría remitir a cuanto hemos meditado acerca de nuestra interioridad apostólica, comentando el artículo 3 de las Constituciones.

Lo que ahora parece urgente es la tarea de intensificar el clima espiritual en cada comunidad y en cada salesiano: dar juntos testimonio de la presencia del Espíritu mediante una caridad pastoral que nos haga vivir a diario el "da mihi ánimas" y por la que podamos repetir con el salmista: «Con Dios haremos proezas, él pisoteará a nuestros enemigos»³², y así superar en nosotros todo desaliento y toda actitud de renuncia a actuar.

32. *Salmo* 107, 14.

En el gran cauce de la espiritualidad salesiana

A nuestra espiritualidad le damos el calificativo de salesiana.

El término remite a san Francisco de Sales, una de las figuras más altas de la espiritualidad cristiana. En el origen de este adjetivo está Don Bosco, que al reunir al primer grupo de jóvenes que se quedaría con él para vivir la caridad pastoral propia de su misión educadora, eligió el apelativo de salesianos³³. Quiso también que la institución religiosa fundada por él se llamara oficialmente Sociedad de san Francisco de Sales. Deseaba que los suyos vieran en el Santo al «pastor celoso y doctor de la caridad», como dicen las Constituciones³⁴, que asimismo precisan que con ello se proponía inspirarse «en la bondad y en el celo» del Santo³⁵, dando el primer lugar a las actitudes de afecto, alegría, diálogo, convivencia, amistad y paciente constancia, según el rico humanismo³⁶ que había caracterizado la vida y la acción del infatigable obispo de Ginebra.

33. Cf. *Memorias Biográficas* V, 9.

34. *Constituciones* 9.

35. *Ibidem* 4.

36. *Ibidem* 17.

Puede resultar interesante para nosotros saber que la atracción de san Juan Bosco por san Francisco de Sales se remonta a los años de su for-

37. SAN JUAN BOSCO, *Scritti pedagogici e spirituali*, editados por AA. VV., pág. 315 - LAS, Roma 1987.

38. Cf. *Memorias Biográficas*, índice analítico.

39. *Educare a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 158.

40. Cf. *Christifideles laici* 56.

41. Cf. *Constituciones* 10.

mación y perfeccionamiento pastoral. «La caridad y la dulzura de san Francisco de Sales —dice el cuarto propósito de su primera misa— me guíen en todo»³⁷. Esta atracción no se debilitó nunca durante su vida, como demuestra lo que hizo y mandó hacer en honor de Patrono tan querido³⁸.

Al tomar y aplicar también a la espiritualidad de los jóvenes el calificativo de salesiana, el texto capitular no se propone ofrecerlo como «distintivo particular de un grupo; señala la fuente carismática»³⁹ que, a través de san Juan Bosco, desemboca en la caudalosa corriente espiritual de san Francisco de Sales, que avanza decididamente hacia el seguimiento de Cristo en la atracción de su amable corazón de Salvador.

No se trata, pues, de una calificación competitiva, con cierto sabor de amor propio, como si se tratara del nombre de un equipo deportivo que se entrena para ganar a otros, sino de un título de identificación evangélica, en la órbita de una opción espiritual reconocida y amplia en la Iglesia, y particularmente actual por su sintonía con las orientaciones conciliares: baste pensar que la reciente exhortación apostólica *Christifideles laici* termina el capítulo cuarto, que habla de los múltiples obreros seculares en la viña del Señor, citando precisamente una hermosa página de una obra particularmente significativa de la espiritualidad de san Francisco de Sales⁴⁰.

Considero que también para nosotros es importante subrayar este aspecto amplio y eclesial del calificativo de salesiana, a fin de restituir a san Francisco de Sales un puesto más conforme e influyente en nuestra espiritualidad, ya que es el doctor de la caridad pastoral, centro y síntesis de nuestro espíritu apostólico⁴¹.

En una circular de 1921, don Pablo Albera,

segundo sucesor de san Juan Bosco, exhortaba a los salesianos a celebrar dignamente el tercer centenario de la muerte de san Francisco de Sales: 28 de diciembre del año siguiente, 1922. «Quienes de él —escribía—, debemos tomar no sólo el nombre sino particularmente su espíritu, estamos obligados a preceder a todos en celebrarlo dignamente». Afirmaba que había sido una decisión providencial («hermosa y sabiamente coordinada para el cumplimiento de los designios de Dios») el haber elegido para nosotros el apelativo de salesianos; y añadía que tal decisión «hace que la misión de Don Bosco aparezca en nuestros días como un reflejo o, mejor, como una continuación de la empezada más de tres siglos antes por san Francisco de Sales. Por ello... el tercer centenario de la muerte de nuestro Patrono debe estimularnos, ante todo, a un estudio más íntimo y profundo de su vida y de sus escritos en correlación con nuestra obra, que se ha hecho la obra salesiana por antonomasia y, por lo mismo, destinada a difundir y divulgar, con todos los medios de que dispone, su espíritu y su doctrina, perfectamente asimilados por Don Bosco y por él genialmente llevados a su sistema preventivo»⁴².

San Francisco de Sales, junto a otros grandes (santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, san Ignacio de Loyola, etcétera) es uno de los iniciadores de un movimiento espiritual de fuerte renovación.

Hizo amable la práctica del Evangelio en el mundo, valorando todas las condiciones y estados de vida; armonizó la interioridad con la actividad externa; dio importancia a lo cotidiano; luchó contra el rigor que caracterizaría al jansenismo; insistió en la necesidad, para todos, de una espiritualidad concreta. A esta renovación

42. *Circulares de don Pablo Albera*, págs. 552-553 - Turín, Dirección General, 1965.

43. *Oeuvres de Saint François de Sales. Edition complète.* Monastère de la Visitation, Annecy, tome III (1893), *Introduction la vie Dévote*, Première Partie, Ch I, p. 13-16 pássim.

44. *Ibidem*, ch. II, p. 16-19. pássim.

45. *Ibidem*, ch. III, p. 19-20.

46. GIORGIO PAPASOGLI, *Come piace a Dio*, p. 366 - Città Nuova Ed., 1981.

espiritual él la llamaba devoción, nombre que hoy no gusta a muchos porque puede significar una simple adhesión a prácticas religiosas sin profundidad de vida. Para él, sin embargo, era la nueva espiritualidad, o sea, un nivel de caridad que «nos impulsa a actuar con esmero, frecuencia y prontitud», «una especie de agilidad y viveza espiritual». «Para ser devoto —escribe—, además de la caridad, hay que tener gran viveza y prontitud en realizar sus actos»; la devoción «hace que la caridad sea rápida, activa y diligente»⁴³. Afirma, asimismo, que «la vida devota es dulce, fácil y agradable», «es la perfección de la caridad»⁴⁴. La devoción se adapta a todas las vocaciones y profesiones, «no destruye nada, sino que perfecciona todo»; «pretender eliminar la vida devota del cuartel del soldado, del taller del artesano, de la corte del príncipe o de la intimidad de los esposos, es un error e incluso una herejía»⁴⁵.

Su libro «Introducción a vida devota» («Filotea») lanzó un verdadero mensaje de espiritualidad para todos, recuperando la importancia del laicado y del trabajo humano. Es un libro que con razón ha tenido un éxito extraordinario: ¡más de mil trescientas ediciones! Es un tesoro que ni siquiera la mentalidad moderna encuentra extraño. «Si hay en el mundo —escribe un reciente biógrafo del Santo— un libro revolucionario, es éste: la introducción de toda la existencia humana en la devoción, el poner en Dios todo lo que queremos, pensamos, hacemos, amamos, esperamos y producimos»⁴⁶.

San Juan Bosco, que tomó a san Francisco de Sales como patrono y eligió su lema «da mihi ánimas» como síntesis de su propia espiritualidad, demuestra —lo acabamos de recordar— profunda afinidad y verdadera coincidencia con es-

ta visión, de manera que pudo aplicar creativamente sus perspectivas a la juventud en su sistema preventivo y al enrollar numerosas fuerzas en lo que hoy llamamos familia salesiana⁴⁷.

Pero san Francisco de Sales, corazón misionero, además de sentir la extrema necesidad de lanzar una renovación espiritual para todos, comprendió que esto requería una iluminación doctrinal del amor de caridad, al menos para los más comprometidos. Por ello preparó su «Tratado del amor de Dios», pensado y escrito en medio de sus múltiples tareas pastorales; libro nacido de la reflexión sobre la praxis apostólica y destinado a la acción evangelizadora; libro de vida, especie de autobiografía: el esfuerzo de progresar constantemente en un proyecto de crecimiento espiritual, no según el esquema monástico, sino con un itinerario apostólico; libro comprometido —que diríamos hoy—, especie de vademécum del discípulo que quiere vivir en el mundo como creyente. La espiritualidad debería impregnar e identificarse con la vida, la vida cotidiana, la vida con sus imprevisibles vicisitudes, con sus sufrimientos y alegrías, con sus amistades y separaciones, con sus dificultades y consuelos. En esta óptica, profundiza particularmente el valor espiritual del éxtasis de la acción, a fin de suscitar en todo cristiano el deseo de ser verdadero discípulo de Cristo en medio de las responsabilidades y preocupaciones de la existencia: una simbiosis viva entre praxis y fe.

Es famosa aquella su intuición sintética: «El hombre es la perfección del universo; el espíritu es la perfección del hombre; el amor es la perfección del espíritu y la caridad es la perfección del amor»⁴⁸.

Es una espiritualidad apostólica hacia la que se sintió atraído san Juan Bosco. No carece, pues,

47. Cf. J. PICCA y J. STRUSS, *San Francesco di Sales e i Salesiani di Don Bosco* - LAS, Roma 1986.

48. *Oeuvres...*, o.c., tome V (1894), *Traité de l'Amour de Dieu*, vol. II, Livre X, ch. I, p. 165.

de significado el que nuestro Fundador, ya al final de su vida, encargara a Julio Barberis, maestro de novicios, que hiciera conocer mejor a san Francisco de Sales escribiendo su vida, «adaptada a sus jóvenes y en la que quedara como encarnada la vida cristiana»⁴⁹.

49. G. BARBERIS, *Vita di S. Francesco di Sales: libri quattro proposti alla gioventù*, I, 5 - Torino, Libreria salesiana, 1902.

Por su parte, don Felipe Rinaldi, siendo ya rector mayor, pidió a Eugenio Ceria que estudiara e hiciera conocer mejor en la Congregación las obras de san Francisco de Sales y su doctrina.

Juan Pablo II ha dicho de san Juan Bosco que es un «genio del corazón». Pues bien, en san Francisco de Sales el corazón tiene no sólo a uno de los más simpáticos intérpretes de sus riquezas humanas perfeccionadas por la caridad, sino también al agudo pensador contemplativo de sus latidos hasta la suprema altura del éxtasis del don de sí mismo en la actividad apostólica.

Muchos, en la Iglesia, se sienten atraídos por este género de espiritualidad del obispo de Ginebra. Juan XXIII, por ejemplo, lo llamaba «mi san Francisco de Sales»; y, el 29 de enero del ya lejano 1903, escribía de él en su Diario del Alma: «¡Qué hermosa figura de hombre, de sacerdote y de obispo! Si yo fuera como él, no me importaría que me hicieran papa»⁵⁰.

50. GIOVANNI XXIII, *Il Giornale dell'Anima*, p. 201 - Ed. Paoline, 1989.

Así pues, cuando hablamos de espiritualidad salesiana, sentimos que avanzamos, con san Juan Bosco, en una corriente espiritual, muy amplia, a la que san Francisco de Sales imprimió, de forma dinámica y encarnada, el sello supremo del amor peculiar de la caridad apostólica.

Un apelativo, pues, que se propone relanzar entre los jóvenes el gusto de Dios, la fiesta de la vida, el compromiso por la historia, la responsabilidad por lo creado y una generosa coresponsabilidad eclesial.

Tras las huellas de san Juan Bosco

Se nos da el título de Salesianos *de Don Bosco*. Nuestra espiritualidad salesiana es una herencia del Fundador; remite —afirma el texto capitular— a la «experiencia espiritual vivida tras las huellas de Don Bosco»⁵¹ y está vinculada al humanismo devoto de san Francisco de Sales «aplicado por Don Bosco en el oratorio»⁵².

Debemos preguntarnos en qué consiste esta aplicación. La respuesta nos llevaría lejos; pero la línea sustancial que hay que seguir creo que, gracias a Dios, la podemos encontrar en una afirmación del beato Felipe Rinaldi publicada en un Boletín Salesiano. «San Francisco de Sales —dice— es el maestro de una doctrina espiritual que vive y palpita en sus obras (escritos) inmortales; Don Bosco, en cambio, imprimió su espiritualidad no en papel, sino en la Sociedad que fundó... La doctrina ya existía: [ahora] Dios llamaba a Don Bosco a realizarla y darle vida en la familia que había fundado para salvar a la juventud»⁵³.

Nuestra espiritualidad salesiana, pues, se halla profundamente enriquecida y orientada por la doctrina de san Francisco de Sales; pero tiene características propias, con una fuerte dimensión pedagógica, juvenil y popular, impresa por san Juan Bosco; tales características especifican de modo original los rasgos de su semblante.

La herencia de un fundador no es estática, sino que se «transmite a sus discípulos para que la vivan, custodien, profundicen y desarrollen constantemente en sintonía con el cuerpo de Cristo que nunca deja de crecer»⁵⁴.

Nos lo recordaba explícitamente el Papa al referirse a la praxis educadora de nuestro Padre. «Su mensaje pedagógico —afirmó— aún requiere

51. *Educar a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 92.

52. *Ibidem* 158.

53. *Bollettino Salesiano*, «Don Bosco alla scuola di s. Francesco di Sales», agosto 1967, 1-4.

54. *Mutuae relationes* 11.

ser profundizado, adaptado y renovado con inteligencia y valentía, precisamente porque han cambiado los contextos socioculturales, eclesiales y pastorales»⁵⁵.

55. *Iuvenum patris* 13.

Nuestra espiritualidad y la de los jóvenes son, en cierto sentido, distintas; pero están íntima y mutuamente ligadas, de modo que nunca se podrán separar. Recordemos, por ejemplo, que los salesianos rezaban con los chicos y que el Joven Cristiano (o Juventud Instruida) era en la práctica el libro de oración de todos⁵⁶. Con razón se ha dicho que el comentario de Alberto Caviglia a la "Vida de Domingo Savio" escrita por san Juan Bosco, a la vez que profundiza la espiritualidad juvenil, resulta ser un estudio válido de la misma espiritualidad del santo educador.

56. El manual titulado *Pratiche di pietà in uso nelle case salesiane*, sólo se publicó, por orden de don Pablo Albera, el año 1916.

Por otra parte, las Constituciones nos aseguran que la espiritualidad con que vivimos y testimoniamos nuestro proyecto de vida salesiana «es el don más precioso que podemos ofrecer a los jóvenes»⁵⁷.

57. *Constituciones* 25.

¿Cuál es, entonces, el tipo de espiritualidad que nos especifica?

Sabemos que el arraigo en el Espíritu Santo es único pero multiforme. El Espíritu da origen a una multiplicidad maravillosa de actitudes espirituales con una fecundidad inagotable y con una creatividad incesante.

Sin entrar en problemas delicados y complejos, nos interesa captar algunas notas características de la espiritualidad específica de san Juan Bosco, para tener una especie de fotografía de nuestra fisonomía espiritual, porque en ella debemos concentrar nuestros esfuerzos de renovación. El mismo Espíritu Santo nos ha ayudado a sacar esa fotografía en los capítulos generales del posconcilio, de modo que pudimos presen-

tar a la Iglesia nuestro carné de identidad en el texto renovado de las Constituciones.

El documento del XXIII Capítulo General nos ofrece la oportunidad de subrayar, en esta búsqueda, una interesante novedad de planteamiento: considerar los elementos que especifican nuestra espiritualidad⁵⁸ a partir de la óptica de la espiritualidad juvenil experimentada estos años⁵⁹.

La espiritualidad de los jóvenes es de iniciación; obedece a la ley de la gradualidad, sujeta a la progresión del tiempo y a los altibajos de la inestabilidad juvenil. Debe adaptarse y ayudar a los jóvenes, partiendo de la situación y del estado real en que se hallan.

San Juan Bosco intuyó, desde sus primeros años de sacerdocio, la posibilidad de acompañar a los jóvenes hacia la plenitud de la vida cristiana, proporcionada a su edad, con un género de espiritualidad juvenil organizada en torno a algunas ideas-fuerza abiertas a la fe, obviamente tributarias de su tiempo, pero también proféticas y llevadas adelante con celo y acertada creatividad pedagógica. El XXIII Capítulo General lee de nuevo esas ideas-fuerza y nos invita a organizar la vida de los jóvenes en torno a ellas y a insistir mediante opciones de valores y actitudes evangélicas⁶⁰.

El texto capitular los llama núcleos fundamentales y, sin ser exclusivo, propone los siguientes:

- *Una base de realismo práctico centrada en lo cotidiano* (san Juan Bosco hablaba del «sentido religioso del deber» en cada momento del día.
- *Una actitud de esperanza, impregnada de alegría*, vinculada a los valores del crecimiento juvenil (san Juan Bosco escribía en el Jo-

58. Cf. *Constituciones* 1-3 y 10-21.

59. Cf. *Educación a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 158-180.

60. Cf. *Ibidem* 158.

ven Cristiano (= Juventud Instruida): «Quiero enseñaros un método cristiano que sea al mismo tiempo alegre y dé felicidad: sirvamos al Señor con santa alegría»).

- *Una amistad fuerte y personal con Cristo*, conocido y frecuentado en la oración, en la Eucaristía y en el Evangelio (san Juan Bosco consideraba la pedagogía eucarística como punto culminante de su praxis educadora).
- *Un sentido cada vez más responsable y valiente de pertenencia a la Iglesia*, tanto particular como universal⁶¹ (san Juan Bosco infundía en los jóvenes un gran amor a la Iglesia, al Papa y a los obispos).
- *Un compromiso concreto que abunde en obras de bien* según la propias responsabilidades sociales y las necesidades materiales y espirituales del prójimo⁶² (san Juan Bosco procuraba de forma concreta implicar a sus mejores chicos en la actividad apostólica).
- Y, como clima familiar de crecimiento, una *dimensión mariana* que se encomienda con sencillez y confianza a la ayuda materna de la Santísima Virgen⁶³ (san Juan Bosco concebía la devoción a María como apoyo para el desarrollo de la fe en los jóvenes).

Estas ideas-fuerza o núcleos fundamentales, unidos a la consideración de las *cuatro áreas del camino de fe* presentadas por el texto (hombre, Cristo, Iglesia, Reino)⁶⁴, nos invitan a considerar de nuevo el sistema preventivo como expresión viva y praxis pedagógica de nuestra espiritualidad específica, es decir, «como modo de vivir y trabajar, para comunicar el Evangelio»⁶⁵. Desde esta óptica del camino de fe de los jóve-

61. *Ibidem* 171-172.

62. Cf. *Ibidem* 161.

63. *Ibidem* 157, 177.

64. *Ibidem* 120-156.

65. *Constituciones* 20, cf. *Educar a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 326 y 350.

nes podemos interpretar de nuevo los principales elementos que caracterizan nuestro semblante espiritual de Salesianos de Don Bosco.

Aquí sólo se trata de indicarlos, puesto que cada uno de ellos se ha considerado y desarrollado ya durante el posconcilio, si bien es de desear un estudio global al respecto más profundo y orgánico.

Recordarlos, a partir de la óptica de la educación de los jóvenes en la fe, podrá contribuir a programar de manera más concreta la formación permanente, tan recomendada por el Capítulo.

He aquí, pues, los principales elementos de nuestro semblante espiritual:

- *Ante todo, la interioridad apostólica*⁶⁶.

Es nuestro dinamismo espiritual de base. Mediante la gracia de unidad propia de la caridad pastoral, nos coloca en la vertiente de la espiritualidad de vida activa, uniendo desde dentro consagración y misión en una síntesis de vida plenamente apostólica: «Amor que se dona gratuitamente —dicen las Constituciones—, inspirándose en la caridad de Dios, que precede a toda criatura con su providencia, la acompaña con su presencia y la salva dando su propia vida»⁶⁷. Esta peculiar y fundamental interioridad apostólica comporta, para nosotros, el que «la renovación espiritual y la pastoral [sean] dos aspectos que se compenetran y son interdependientes»⁶⁸.

Entre ambos existe, para nosotros, mutua implicación y verdadera reciprocidad; sin embargo, su fuente se halla en la vida personal de unión con Dios.

- *En segundo lugar, el testimonio de la centralidad de Cristo buen pastor*⁶⁹.

66. *Educación a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 221.

67. *Constituciones* 20.

68. *Educación a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 217.

69. *Ibidem* 103, 112, 113, 118, 130, 131, 132 y *passim*.

Jesucristo es el centro vivo y existencial de nuestra vida consagrada: vivencia de los consejos evangélicos. Todos los consagrados se centran en Cristo; nuestro testimonio específico se caracteriza por el aspecto pedagógico-pastoral con que miramos a Cristo como buen pastor, que creó al hombre y ama sus cualidades, que lo redimió y perdona sus pecados y lo hace nueva criatura por medio de su Espíritu. Esta centralidad de Cristo-pastor debe brillar como sol en nuestros ambientes por un renovado fervor eucarístico y otras muchas iniciativas, que expresen un modo cotidiano de vivir y de educar que «informa nuestras relaciones con Dios, el trato personal con los demás y la vida de comunidad en la práctica de una caridad que sabe hacerse amar»⁷⁰. El hecho de subrayar a Cristo como buen pastor supone ciertamente la generosidad en la entrega a los jóvenes hasta la cruz; pero también evidencia la actitud «que conquista con la mansedumbre»⁷¹, con la bondad, el afecto y la amistad, desarrollando toda una ascesis espiritual del «hacerse querer», propia del corazón oratorioano⁷².

El texto capitular insiste en la eliminación de distancias entre nosotros y los jóvenes: «Hacerse cercano, aproximarnos a ellos es para nosotros el primer paso»⁷³, saber valorar «el patrimonio que todo joven lleva dentro de sí»⁷⁴, ofrecerle «un ambiente lleno de vida y de propuestas»⁷⁵.

Este primer paso, para comenzar juntos el camino, se llama presencia: ¡un valor que hay que recuperar! No cualquier presencia, sino la presencia pastoral, o, si queréis, ministerial, o también sacramental, porque debe ser portadora de Cristo; atenta a los sentimientos y aspiraciones de los jóvenes, pero llena, en sí misma, de claros mensajes evangélicos y de perceptible amor de caridad.

70. *Constituciones* 20.

71. *Ibidem* 11.

72. Cf. *Actas del Consejo General*, núm. 326, julio-septiembre de 1988, «Procura hacerse querer».

73. *Educación a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 97.

74. *Ibidem* 99.

75. *Ibidem* 100.

- *Otro elemento: la tarea educativa como misión*⁷⁶.

Nuestro seguimiento de Cristo «lleva el sello de un don especial de Dios: la predilección por los jóvenes... Por su bien, ofrecemos generosamente tiempo, cualidades y salud»⁷⁷. Nuestra misión en la Iglesia se especifica en la praxis educativa. «Don Bosco nos enseñó a reconocer la presencia operante de Dios en nuestro quehacer educativo y a sentirla como vida y amor»⁷⁸.

Sabemos que «la misión da a toda nuestra existencia su tonalidad concreta, especifica nuestra función en la Iglesia y determina el lugar que ocupamos entre las familias religiosas»⁷⁹.

Así pues, para nuestra espiritualidad el aspecto educativo es «el lugar privilegiado de nuestro encuentro con Dios»⁸⁰.

Al ser educativa, nuestra espiritualidad debe prestar atención al contexto del mundo y a los retos de la juventud: requiere flexibilidad, creatividad y equilibrio⁸¹, y busca con seriedad la preparación pedagógica más apropiada. Es la misma consagración salesiana la que, desde su respirar por las almas, asume los valores pedagógicos y los vive como expresión concreta de espiritualidad.

En el ámbito de la misión, considero estimulador el subrayar también el influjo ejercido en nuestra espiritualidad, con interpelaciones concretas, por nuestra presencia en medio de los destinatarios que san Juan Bosco nos señaló como preferidos: ¡los jóvenes pobres y necesitados de los ambientes populares! La original ascesis del hacerse querer es una respuesta evangélica al sinfín de carencias de estos jóvenes; nos recuerda, asimismo, que el contacto con las brezas juveniles no provocó en san Juan Bosco

76. *Ibidem* 94, 95, 102, 104, 106, 108, etc.

77. *Constituciones* 14.

78. *Educación a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 94.

79. *Constituciones* 3.

80. *Educación a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 95.

81. Cf. *Constituciones* 19.

ninguna sombra de reacción ideológica, sino una intensificación pedagógica de la caridad pastoral, para despertar, en él y en los suyos, el amor paterno y materno de la misión educadora.

82. *Educación a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 140 ss, 169 ss, 222, 226.

83. *Constituciones* 6.

84. *Ibidem* 13.

85. *Educación a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 172.

• *Cultivo de la concreción eclesial*⁸².

Se trata de cuidar que haya un auténtico sentido de Iglesia en la vida de la comunidad y en sus actividades educativo-pastorales. La vida y la obra salesiana son una vivencia concreta de Iglesia: nos consideramos «en el corazón de la Iglesia»⁸³; «nos sentimos parte viva de ella y cultivamos, personal y comunitariamente, una renovada conciencia de Iglesia. La demostramos con nuestra filial fidelidad al sucesor de Pedro y a su magisterio, y con la voluntad de vivir en comunión y colaboración con los obispos, el clero, los religiosos y los seglares»⁸⁴.

La tercera «área del camino de fe» propuesta por el texto capitular se refiere precisamente a los pasos que hay que dar y a las actitudes que debemos cultivar para «una intensa pertenencia eclesial», y el cuarto núcleo fundamental de la espiritualidad juvenil insiste, a su vez, en formar en la comunión eclesial, en sus expresiones concretas de estructuras locales y de institución universal con un «amor explícito al Papa y la adhesión convencida a su magisterio»⁸⁵. Este cultivo de la comunión eclesial vitaliza también todo el campo de la actividad vocacional.

Una espiritualidad, por tanto, que nos hace sentir y ser objetivamente, incluso ante la opinión de los otros creyentes, verdadero don del Espíritu a la Iglesia para intensificar su comunión y colaborar en su misión. «Las necesidades de los jóvenes y de los ambientes populares —afirma el artículo 7 de las Constituciones—

y la voluntad de actuar con la Iglesia y en su nombre, mueven y orientan nuestra acción pastoral por el advenimiento de un mundo más justo y más fraterno en Cristo»⁸⁶.

• *Otro elemento especificativo es la alegría en la laboriosidad*⁸⁷.

Es un aspecto inherente al estilo oratorio y a la psicología abierta al futuro propia del corazón adolescente. Nacimos en la colina de las bienaventuranzas juveniles y ahora sembramos sus riquezas evangélicas por todo el mundo. Vivimos una espiritualidad de alegría y de familia, compartida «en clima de mutua confianza y de perdón diario»⁸⁸, y empapada de esperanza, que «difunde alegría y sabe educar en el gozo de la vida cristiana y en el sentido de la fiesta»⁸⁹, porque seguimos una pedagogía que «cree en los recursos naturales y sobrenaturales del hombre, aunque no ignora su debilidad»⁹⁰. Este clima de alegría y optimismo no se debe a ingenuidad o superficialidad; es fruto de verdadera esperanza teológica y de consciente sintonía pedagógica con los innumerables valores positivos depositados por el Creador en el corazón de los jóvenes.

Cabalmente por ser fruto de esperanza, es una alegría que se vive en intensa laboriosidad, hecha de trabajo y de templanza, o sea, de un esfuerzo que es también ascético y acompaña constantemente el desarrollo de la misión⁹¹.

• *Y, en fin, la dimensión mariana*⁹².

Nuestra misión educadora es participación en la maternidad eclesial de María. Es una dimensión que merece un comentario especial: lo haremos más adelante.

86. *Constituciones* 7.

87. *Educar a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 152, 165, 166.

88. *Constituciones* 16.

89. *Ibidem* 17.

90. *Ibidem* 17.

91. Cf. *Ibidem* 18.

92. *Educar a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 157 y 177.

Ahora sólo añadimos que la espiritualidad de san Juan Bosco, leída desde la perspectiva del camino de fe para los jóvenes de hoy, es para nosotros el alma de la nueva evangelización: «nueva —dijo el Papa— en su ardor, en su método y en sus expresiones», es decir, animada de entusiasmo y apropiada a nuestra época, que lleva en sí un vasto y delicado cambio de mentalidad⁹³. El XXIII Capítulo General tuvo conciencia clara de ello, pues afirma que «es nuevo el contexto y son nuevos también los objetivos generales [a que tiende la evangelización]: se trata de renovar el entramado de la sociedad, aceptando dar nueva vida, ante todo, al espíritu evangélico en las comunidades eclesiales»⁹⁴.

Tenemos, pues, una espiritualidad salesiana netamente específica, con aspectos muy concretos donde centrar la programación de la formación permanente en las inspectorías y en las casas, proponiéndonos también escrutar más a fondo el corazón de san Juan Bosco.

Formamos comunidades evangelizadoras

Al presentaros las Actas del XXIII Capítulo General, decía que el primer sujeto de toda la tarea capitular, el hilo conductor que une las diversas partes del texto, es nuestra comunidad de consagrados, destinataria principal del documento; a ella le incumbe la responsabilidad y el compromiso de realizar el camino de fe para los jóvenes. Toda comunidad, por tanto, debe preocuparse de la espiritualidad salesiana en sus dos niveles: hacer que la juventud crezca en ella gradualmente, y testimoniarla en la propia vida cotidiana.

Se nos proponen tres aspectos complementa-

93. Cf. *Actas del Consejo General*, núm. 331, octubre-diciembre de 1989.

94. *Educación a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 4.

rios que hay que cuidar: la comunidad como signo de fe⁹⁵, como escuela de fe⁹⁶ y como centro de comunión y participación⁹⁷.

Los primeros animadores de la comunidad —el inspector y el director— tienen que saber orientar hacia este objetivo la programación poscapitular: «La formación permanente, que capacita al salesiano para su misión de educador y pastor, debe ser una constante irrenunciable en su vida»⁹⁸. Hay que tomar conciencia de la necesidad urgente de suscitar en el ambiente una espiritualidad juvenil salesiana y, por tanto, de poner a la comunidad en estado de fecundidad espiritual, llevándola a «revisarse y renovarse —como afirma el texto— a la luz del Evangelio y de nuestra Regla de vida»⁹⁹; es decir, a progresar seriamente en el proceso de renovación ya indicado desde hace años. Será también preciso que la comunidad inspectorial y la local tomen en serio su tarea, programen, evalúen y revisen con constancia todo lo que al respecto señalan las decisiones capitulares.

Veamos los tres aspectos indicados en el texto.

- *La comunidad como signo de fe* la autenticidad del propio testimonio evangélico. Ahí está la condición de fondo: vivir y trabajar juntos como grupo de creyentes con estilo salesiano, que proclaman existencialmente el misterio de Cristo buen pastor viviendo la Regla de san Juan Bosco. La comunidad se hace fe-signo cuando sus miembros encarnan con alegría y constancia en su vida cotidiana los valores de la espiritualidad salesiana plenamente dirigida a los jóvenes.

El texto insiste particularmente en el cuidado de la interioridad apostólica¹⁰⁰. Hemos considerado, más de una vez, los elementos vitales que la componen. No hace mucho, se nos presenta-

95. *Ibidem* 216.96. *Ibidem* 217.97. *Ibidem* 218.98. *Ibidem* 220.99. *Ibidem* 215.100. *Ibidem* 221.

101. *Actas del Consejo General* núm. 332, enero-marzo de 1990, pág. 37 ss.

ba al beato Felipe Rinaldi como al «autorizado intérprete de nuestra interioridad apostólica»¹⁰¹; convendrá releer su mensaje. En él vemos que la espiritualidad salesiana tiene como fuente y valor supremo la unión con Dios: «El quehacer apostólico dinámico y creativo brota constantemente del ardor de la caridad pastoral».

102. *Ibidem* pág. 38 ss.

Recordemos los tres elementos que se indicaban allí: «Respirar por las almas (el hermoso comentario al "da mihi ánimas"), incansable trabajo apostólico y fidelidad cotidiana a la oración»¹⁰². Son elementos que deben entrar en el contenido de los programas de formación permanente, como respuesta a los retos, si de verdad queremos ser «signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres»¹⁰³. Seremos, así, hombres y comunidades espirituales, capaces de suscitar y animar con actualidad una espiritualidad juvenil salesiana concreta.

103. *Constituciones 2.*

104. *Educar a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 217.

• *La comunidad como escuela de fe* es la que «hace de la misión su razón de ser y de actuar»¹⁰⁴. Aquí entra en juego la dimensión pedagógica de la actividad comunitaria. Para ser educador válido hay que incluir en la interioridad apostólica mayor conocimiento y presencia del mundo de los jóvenes; es un aspecto que distingue cualquiera de nuestras actividades, que deben ser simultáneamente espirituales, pastorales y pedagógicas.

105. *Ibidem* 225.

«Se trata de dar un verdadero salto de calidad, una vuelta a los jóvenes con renovada sensibilidad pastoral y con mayor competencia educativa»¹⁰⁵. Para individuar y dirigir con eficacia sus esfuerzos en este sentido, la comunidad debe preparar, aplicar, revisar y actualizar con atención su propio proyecto educativo pastoral, te-

niendo en cuenta el camino de fe propuesto por el XXIII Capítulo General y trazando itinerarios concretos, adecuados a la clase de juventud y al contexto de la obra.

Para ser escuela de fe, hoy es imprescindible que vayan juntos ser signo y ser amigo, llevar fuego en el corazón y sacrificio en la entrega, cultivar a la vez unión con Dios y experiencia directa del mundo de los jóvenes con la «escucha de sus demandas y aspiraciones, adquisición de su cultura y lenguaje, y disponibilidad para compartir experiencias y proyectos pensados no sólo para ellos, sino también, y sobre todo, con ellos»¹⁰⁶. No se trata de quitar fuerza al signo, sino de hacerlo pedagógicamente significativo. Si no tenemos significación pastoral y pedagógica en la zona y en la Iglesia, nuestra presencia no podrá considerarse escuela de fe.

106. *Ibidem* 225.

Pero es asimismo imprescindible, para ser verdaderamente tal, que la comunidad sea experiencia viva de Iglesia y, en concreto, de la Iglesia local: parroquia, diócesis, conferencia episcopal. Por consiguiente, «debe participar con claridad en los proyectos y propuestas de pastoral juvenil de la Iglesia local. Debe aprender a recibir de ella estímulos, pero también a comunicarle [sus] experiencias»¹⁰⁷.

107. *Ibidem* 226.

Por ello las decisiones capitulares recuerdan varias responsabilidades a la comunidad inspectoral y a la local. Sólo en una comunidad que sea escuela de fe, podrá florecer una educación que sea pedagogía de santidad.

• *La comunidad como centro de comunión y participación* se refiere tanto a la más amplia comunidad educativa como a los diferentes grupos de la familia salesiana.

«La comunidad —afirma el texto—, en virtud

de su vida consagrada, se hace centro de comunión y participación, capaz de reunir y estimular a cuantos el Espíritu llama a trabajar por los jóvenes»¹⁰⁸.

108. *Ibidem* 218.

He ahí una perspectiva lanzada por los capítulos generales anteriores que urge realizar con una voluntad más compartida y con mayor eficacia y entrega. Las decisiones capitulares son claras y vinculantes. No ponerlas en práctica indicaría incapacidad, o desatención, o exceso de comodidad: en definitiva, falta de espiritualidad salesiana. ¡Sería triste asistir al ocaso de algunas presencias por falta de fuego en el corazón de los salesianos! El hombre espiritual es posible en todas las edades y en todas las condiciones de vida: el corazón oratoriano es condición salesiana desde la primera profesión hasta el último suspiro.

El punto fuerte de este tercer compromiso comunitario es, según el texto capitular, la *implicación de los seculares*. El término «seglar» es amplio; no se aplica a todos de la misma forma. En nuestra experiencia distinguimos varios grupos: los Cooperadores (para vivir en plenitud la vocación cristiana), los Antiguos Alumnos (más vinculados al aspecto de la educación), los colaboradores (donde hay también personas de los dos grupos anteriores, pero que puede ser más amplio), los miembros de la comunidad educadora (particularmente los padres de nuestros destinatarios, además de quienes con nosotros se dedican a su servicio).

La implicación y valoración de los seculares requiere, en los salesianos, capacidad de entablar con ellos relaciones de corresponsabilidad madura, según la naturaleza de los grupos. No es fácil; comporta un profundo cambio de mentalidad y una adecuada modalidad de trato y rela-

ciones. Pero, sobre todo, necesita saber emprender con ellos «un serio camino de formación. Las experiencias hechas hasta ahora garantizan, a pesar de algunas dificultades, resultados satisfactorios»¹⁰⁹.

109. *Ibidem* 233.

He ahí, pues, un nuevo campo muy concreto de trabajo para la espiritualidad salesiana, tan abierta y en consonancia con todas las condiciones laicales... Por tanto, entre las prioridades que debemos programar tiene que figurar la formación de los seculares.

El Capítulo recuerda también, más adelante, la importancia de que nuestra actuación sea orgánica, la urgencia de la labor vocacional, el reto de la comunicación social, y presenta algunas orientaciones operativas para situaciones particulares. Son indicaciones muy concretas, a fin de que la comunidad se haga protagonista de la nueva evangelización en medio de los jóvenes. El gran secreto para mover todo esto, es siempre la espiritualidad salesiana, testimoniada por la comunidad en cuanto signo de fe, escuela de fe y centro de comunión y participación.

Queridos inspectores, queridos directores y salesianos todos, pongámonos con buena voluntad a hacer en seguida algo más.

Bajo la guía de María Auxiliadora, estrella de la nueva evangelización

Antes de concluir, me parece muy útil, y es para nosotros particularmente grato, añadir todavía una reflexión: la dimensión mariana de nuestra espiritualidad. Como ya he dicho, el texto capitular habla de ella en varias ocasiones.

La espiritualidad salesiana es fuertemente ma-

riana, como, por lo demás, ocurre con cualquier espiritualidad.

110. *Ibidem* 335.

El Papa formuló el deseo de que María Auxiliadora fuera, para nuestra familia, «estrella de la nueva evangelización»¹¹⁰. La miraremos, pues, y nos dejaremos conducir por ella como nuestra maestra y guía.

Hemos visto que el elemento fundamental y vitalizador de toda espiritualidad es el arraigo en el Espíritu Santo.

Ahora bien, María es, después de Cristo, la expresión más alta de lo que el Espíritu Santo realiza en la historia de la salvación: es su obra maestra. Cuanto más se mira a María, mejor se puede comprender y participar en la presencia vivificante del Espíritu Santo.

111. *Marialis cultus* 27.

Del Vaticano II en adelante se ha procurado ahondar cada vez más en la relación del Espíritu Santo y María. Pablo VI en su exhortación *Marialis cultus* subrayaba la fecundidad de esta óptica. «De tal profundización —decía— emergerá, en particular, la arcana relación entre el Espíritu de Dios y la Virgen de Nazaret, así como la acción de ambos en la Iglesia»¹¹¹.

112. *Lumen gentium* 53.

Es fácil observar que toda la existencia de María está marcada por el Espíritu Santo, de forma que puede considerarse su icono o, como dice *Lumen gentium* (en el texto latino), sagrario del Espíritu Santo¹¹², es decir, la parte central, secreta y reservada del templo, desde donde es portadora, para todos, del Espíritu Santo. Lo indican también los títulos que le reconoce el Concilio de «Abogada, Auxiliadora, Socorro y Mediadora»¹¹³, que proclaman en ella una interesante y especial sintonía con la obra vivificante del «otro Paráclito». María es obra maestra, imagen y portadora del Espíritu Santo, pues por él

113. *Ibidem* 62.

quedó plenamente «plasmada y hecha nueva criatura»¹¹⁴;

114. *Ibidem* 56.

- En su concepción es Inmaculada: comienzo de la nueva creación llena de gracia;
- en la anunciación es Virgen Madre: arca viva de la nueva alianza;
- en la visitación es sabiduría profética: la creyente que lee el libro de la historia;
- en Navidad es el cumplimiento de la promesa: Madre del Cristo Mesías;
- en el Calvario es madre de los hombres: la nueva Eva de la humanidad redimida;
- en Pentecostés es reina de los Apóstoles: la gran orante en favor de la Iglesia;
- en la Asunción es la Auxiliadora de todos: intercesora escatológica de salvación.

Tanta grandeza y hermosura es, en ella, obra del Espíritu Santo; puesta en el cruce de los dos testamentos, es la Hija de Sión, el icono del misterio y el modelo de la Iglesia, vinculada de tal forma al Espíritu, que permanece indisolublemente asociada a sus iniciativas de salvación, implorando para todos su presencia y acompañando sus dones como madre (pensemos en la historia de nuestro carisma); por ello, brilla constantemente a lo largo de los siglos como estrella de la evangelización¹¹⁵.

115. cf. *Evangelii nuntiandi* 82.

En ella encontramos el prototipo de toda espiritualidad, pues —dice el Vaticano II— María, «al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con él y bajo él, con la gracia de Dios omnipotente»¹¹⁶.

116. *Lumen gentium* 56.

Esta peculiar espiritualidad de la Santísima Vir-

117. Cf. *Lucas* 1, 46-55.

gen la podemos captar en el profético cántico del Magnificat¹¹⁷, donde María se proclama llena de gozo por encima de su debilidad, convencida de la misericordiosa fuerza de Dios, que nos ama y mira para hacer cosas grandes, dando así continua prueba de su poder, porque abate las dificultades y da respuesta a los retos; Dios es fiel a su pueblo y, según la promesa, lo lleva definitivamente a la victoria.

El Magnificat es verdaderamente el himno de la espiritualidad cristiana para cada nueva generación, expresión del entusiasmo, por ser penetrante mirada de fe, incommovible propósito de esperanza e inmortal himno del amor salvífico.

Deseo final

Permitid, queridos hermanos, que diga aquí, como conclusión, lo que sugerí a los capitulares en la clausura del XXIII Capítulo General. Nuestra Congregación se encomendó solemnemente a María el 14 de enero de 1984, al comenzar el XXII Capítulo General. Las Constituciones dicen que tal actitud nos ayuda a «ser, entre los jóvenes, testigos del amor inagotable de su Hijo»¹¹⁸.

118. *Constituciones* 8.

A ella le encomendamos el propósito de proceder en el camino de la fe intensificando el cuidado y la profundización de la espiritualidad de san Juan Bosco. Le pedimos que nos ayude a compartir con los jóvenes el magnífico patrimonio espiritual colocado en la órbita del humanismo cristiano de san Francisco de Sales y traducido y aplicado magistralmente por nuestro Padre para la juventud popular. María guió a nuestro Fundador en la originalidad de esta vivencia educativa y le enseñó a llevar a los jó-

venes a la santidad. Como materna respuesta a nuestra confianza en ella, esperamos de su intercesión el don de la plenitud del Espíritu Santo, que nos asegure un corazón verdaderamente oratorio, para ser en el mundo válidos educadores de los jóvenes en la fe¹¹⁹.

Arraigados en la potencia del Espíritu y dejando a un lado cualquier género de desconfianza que pueda surgir de las dificultades circundantes o de nuestras limitaciones, vivamos con gozo la espiritualidad salesiana para la nueva evangelización, proclamando ante el mundo, con los hechos, las razones de nuestra esperanza¹²⁰.

Os deseo a todos un sincero esfuerzo, personal y comunitario, para aplicar el XXIII Capítulo General: será nuestra mejor preparación para la llegada del tercer milenio.

Afectuosamente en Don Bosco

EGIDIO VIGANÓ

119. *Educación a los jóvenes en la fe: documentos capitulares*, Ed. CCS, Madrid 1990, 357.

120. Cf. 1 Pedro 3, 15.

